

CAPITULO

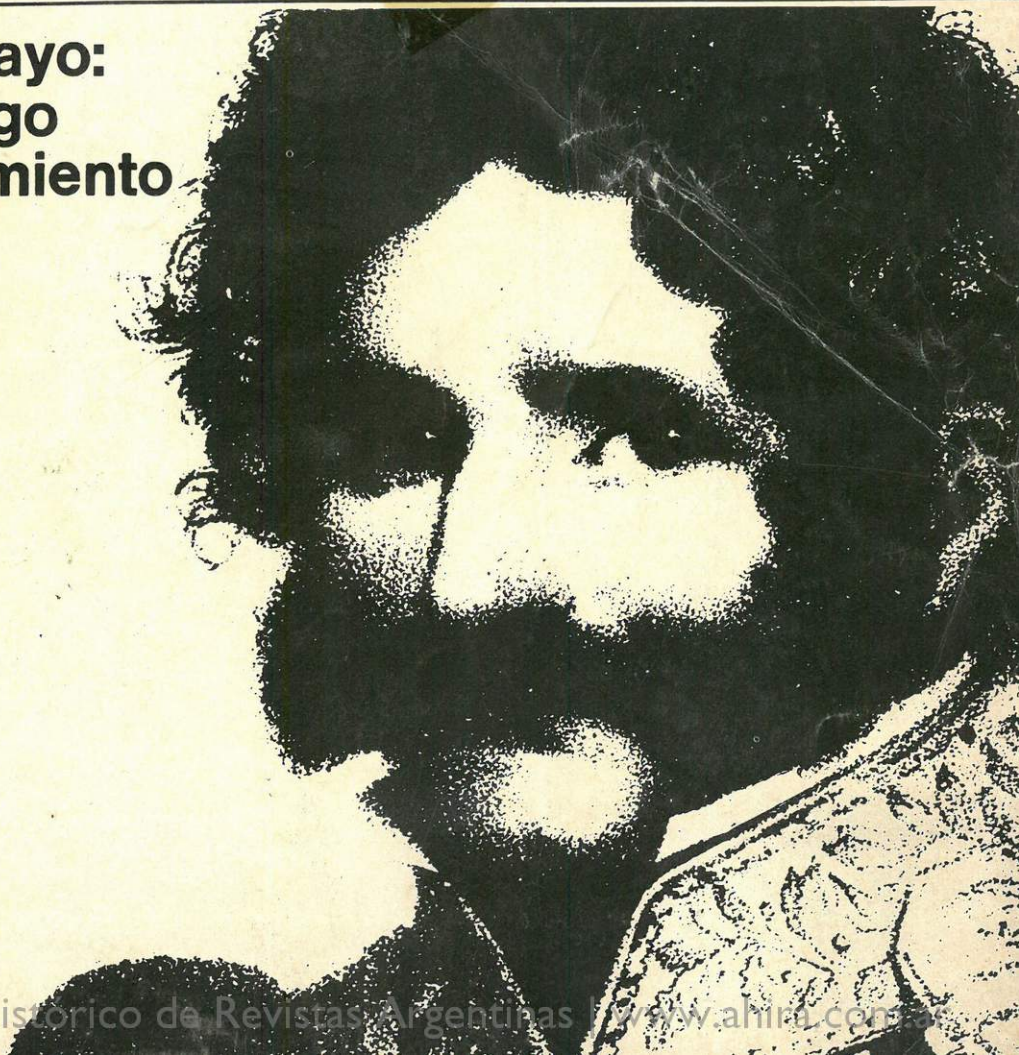


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

14

El ensayo:
Domingo
F. Sarmiento



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

14. El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Adolfo Prieto, y redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 15:

DESARROLLO DE LA POESIA GAUCHESCA

- LAS FIGURA DE ASCASUBI Y DEL CAMPO
- EL "PAULINO LUCERO"
- "SANTOS VEGA": LA HISTORIA DE UN MALEVO
- EL FAUSTO CRIOLLO
- FAUSTO EN MONTEVIDEO
- "ANICETO EL GALLO" Y "ANASTASIO EL POLLO"

y junto con el fascículo, un libro que comprenderá SANTOS VEGA y otros poemas, de Hilario Ascasubi, y FAUSTO, de Estanislao del Campo.



Domingo Faustino Sarmiento

Pocos hombres han hablado tanto de sí mismos y sobre pocos hombres se ha dicho y escrito tanto como sobre Sarmineto. La abundancia de noticias, de juicios, de testimonios, no aseguran, sin embargo, un conocimiento cabal de aquel carácter ni una comprensión suficientemente ecuánime de su vigorosa inteligencia. Cualquier mediano conocedor de nuestro pasado político puede señalar palmarias contradicciones en sus ideas y en su conducta pública; pero también puede destacar el empecinado rigor con que se aferró a determinados ideales y objetivos, en una época y en una circunstancia que más bien parecían inducir a la desilusión y al derrotismo. Cualquier lector curioso de sus obras puede indicar, y no sin fastidio, las decenas de páginas en que se impone la imagen de un insufrible ególatra; pero puede indicar también, con desconcierto, otras decenas de páginas en las que el autor muestra humildemente sus inseguridades, el débil fundamento en que se apoya la estructura de su carácter, la soledad y la fatiga que acechan como una sombra tras cada uno de los gestos fatuos o grandilocuentes.

La complejidad del hombre, con todo el atractivo que supone la posibilidad de descifrar claves psicológicas muy significativas, es apenas uno de los puntos de interés que confieren a la imagen de Sarmiento una vigencia inalterable. Está también el peso de una acción política que marcó considerablemente el rumbo del país, y la existencia de una extensa obra literaria, tan expresiva hoy para nosotros en algunos de sus títulos como lo fue para sus lectores del siglo diecinueve. No es fácil, por supuesto, distinguir los límites de cada una de las vertientes que importan en la personalidad de Sarmiento. La simple indagación psicológica se pierde en el vacío si no se la vincula con la realidad político-social en que debió desarrollarse su carácter; la labor del hombre público enmudece si se la

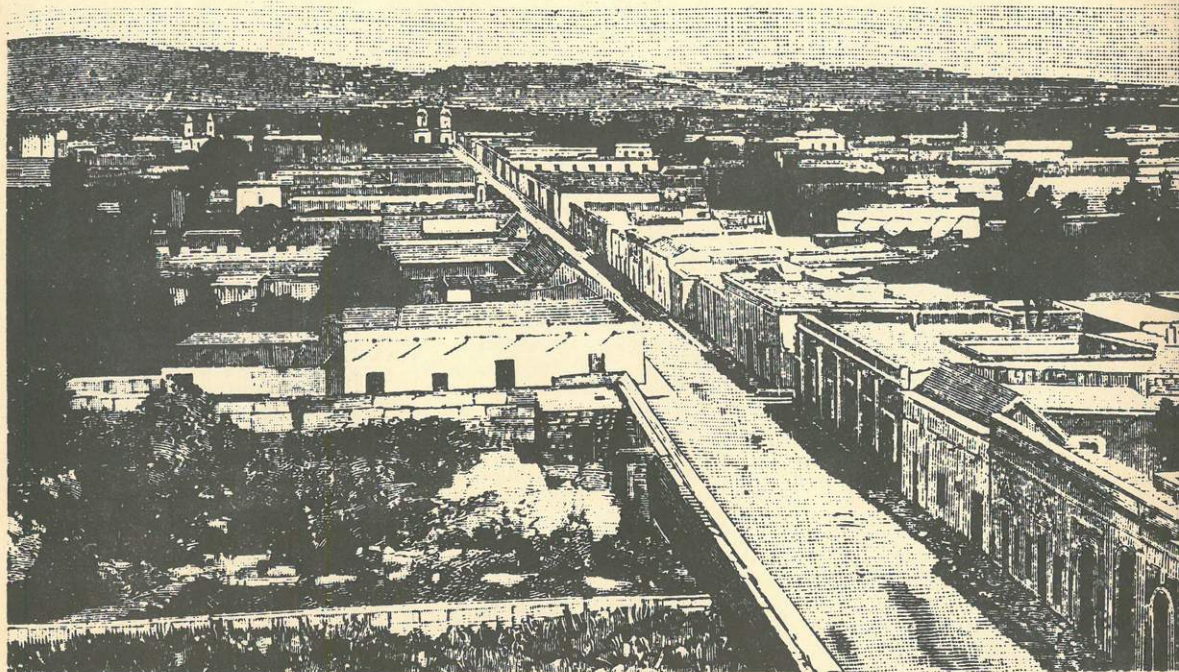
separa de la labor del escritor, pues la literatura fue para Sarmiento, esencialmente, una militancia política; y la propia literatura, desde luego, resulta incomprensible si se la desgaja de los rasgos caracterológicos y de las concretas funciones a que fue subordinada por la deliberada intención de su autor.

Su vida. — Domingo Faustino Sarmiento nació el 15 de febrero de 1811, en el modesto hogar constituido por José Clemente Sarmiento y Paula Albarracín. La ciudad natal, San Juan, no era entonces otra cosa que una aldea fuertemente impregnada por los hábitos coloniales. Cuando el impulso volucionario que desencadenó la determinación del Cabildo de Buenos Aires llegó a sus calles, la aldea se convirtió en el curioso escenario de una lucha en que dos siglos, dos épocas, entrecruzaban confusamente sus signos. El mismo Sarmiento, en los años de madurez, se complace en dar una imagen gráfica de esa situación, diciendo que nació en una época en que la navegación a vela y la navegación a vapor disputaban su primacía. Aquel conflicto, aún reducido a la humildísima escala de la aldea, al movilizar las instituciones, las ideas y los estilos de vida de dos épocas, debió repercutir hondamente en la conformación de un carácter plasmado en el propio núcleo del conflicto. Sin medios de fortuna que permitieran su traslado a centros culturales como Córdoba o Buenos Aires, sin maestros que facilitaran una educación adecuada a esos difíciles tiempos de cambio, la niñez y la adolescencia de Sarmiento debieron sostenerse, en gran parte, en la sola capacidad de respuesta que su inteligencia natural era capaz de dar a las incitaciones del medio. La forja del luchador se templaba así en los ejercicios del autodidacta. En 1838, a los 27 años de edad, una de las primeras manifestaciones públicas recogidas por el

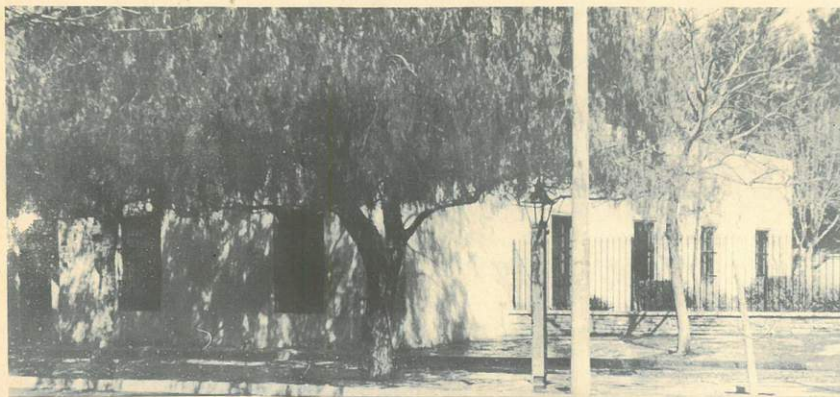


Caricatura de Sarmiento

La personalidad de Sarmiento —en la que se mezclan, con perfiles propios, el militante político, el educador intuitivo y vocacional, el hombre público, y, sobre todo, el escritor de raza auténtico— impregna la vida argentina de su tiempo, y se proyecta vigorosamente al futuro.

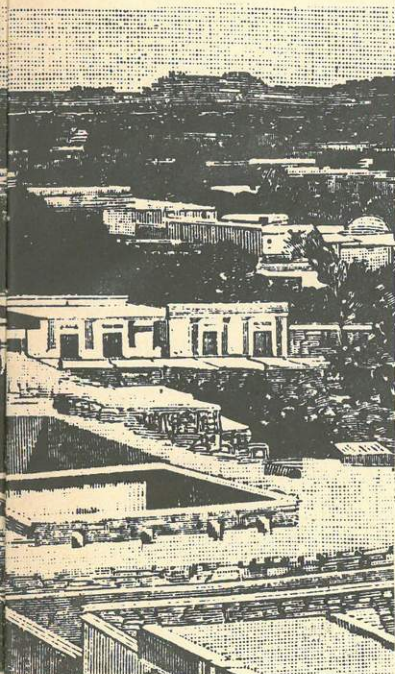


Vista panorámica de la ciudad de San Juan a mediados del siglo XIX



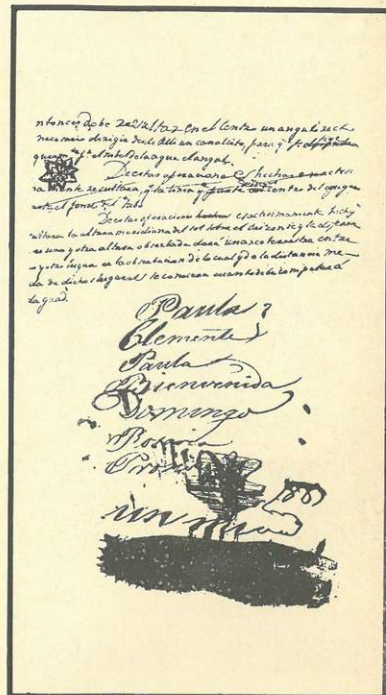
Casa natal de Sarmiento en San Juan, y uno de sus patios interiores





testimonio escrito nos lo muestran, todavía, como un joven tímido, deseoso de aprender, inhibido ante el renombre de otros, tan jóvenes como él, pero nimbados ya por el prestigio intelectual. Este es el año en que funda en San Juan la filial de la Asociación de la Joven Argentina y en el que dirige a Alberdi una muy respetuosa carta solicitando del brillante autor del *Fragmento preliminar al estudio del derecho* un juicio sobre unos poemas que le remite, porque "en su escasez de luces y de maestros a quien consultarse, el incógnito ignora aún, si lo que ha hecho son realmente versos". Sólo dos años después, cuando se instala en Chile como exiliado político, la seguridad de su pluma parece haber dejado atrás, definitivamente, las cautelosas actitudes del aprendizaje. Expresa en la tarea periodística su opinión sobre los más variados temas, luce una información tan amplia como sólida, afirma con audacia y vehemencia, piensa con originalidad.

El largo exilio chileno (1840-1853) fue probablemente el período más fructífero para la producción intelectual de Sarmiento. Reducido por imperio de las circunstancias a la labor de publicista y a la profesión de maestro, su talento alcanzó los sazonados frutos que luego la dispersiva y agotadora faena política volvería más distantes y raros. *Facundo* (1845), *Viajes en Europa, Africa y América* (1849), *Recuerdos de Provincia* (1850), *Argirópolis* (1850), *Campaña en el Ejército Grande* (1852), pertenecen a ese excepcional momento de su vida. Después de la caída de Rosas, en 1852, no se avino, como Alberdi, a permanecer al margen de los sucesos políticos del país, y en cuanto encontró una coyuntura favorable para vincularse con los nuevos factores de poder viajó a Buenos Aires, donde estaba llamado a desempeñar papeles de verdadera gravitación. Senador, ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, ministro plenipoten-



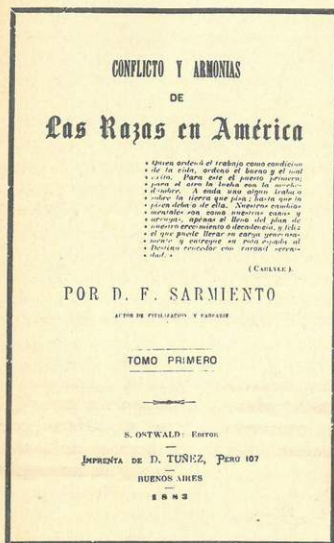
Página de uno de los cuadernos usados por Sarmiento en la escuela primaria



"Cada cual atienda a su juego" (Alsina, Sarmiento, Avellaneda y Villergas —éste, de pie—), ilustración en el Antón Perulero (nº 1, 2-XII-1875)

ciario y enviado extraordinario en Chile, Perú y los Estados Unidos, sucedió luego a Mitre en la presidencia de la Nación durante el período 1868-1874.

Sarmiento gozó el nada común privilegio de llegar al más alto cargo público de su país dentro de un régimen por el que había luchado y para el que había teorizado incansablemente durante la mitad de su vida. Ese privilegio, sin embargo, no desembarazó de dificultades su gestión presidencial ni aseguró el cumplimiento exhaustivo de su programa político. Los caudillos provinciales seguían reacios a aceptar el nuevo ordenamiento fuertemente centralista; el desierto continuaba siendo la entraña vacía de la nación; el analfabetismo, las distancias, los recelos lugareños alzaban insospechables vallas al nuevo evangelio del progreso. Frente a esa realidad hostil, Sarmiento se esforzó con denuedo para crear una estructura que albergara el país del futuro, ese país poblado por cien millones de argentinos que entreviera en algún hondo arrebato imaginativo. El particular acento impuesto al programa de educación primaria, el empeño en crear instituciones adecuadas a las exigencias de un país moderno, la decisión de otorgar al gobierno nacional una autoridad y una representatividad acatadas por todos, marcan los rasgos definitorios de la gestión presidencial de Sarmiento y sus más seguros títulos para el reconocimiento de la historia. Que la intemperancia desbordara a veces la equidad requerida al gobernante; que los prejuicios y la rigidez conceptual distorsionaran, en ocasiones, la comprensión exacta de la sociedad y de los hombres para los cuales administraba los recursos del poder; que las concesiones a los intereses del orden establecido quebrantaran, en más de una oportunidad, la coherencia de sus principios ideológicos, son hechos que una crítica objetiva debe recoger honradamente y computar en el balance

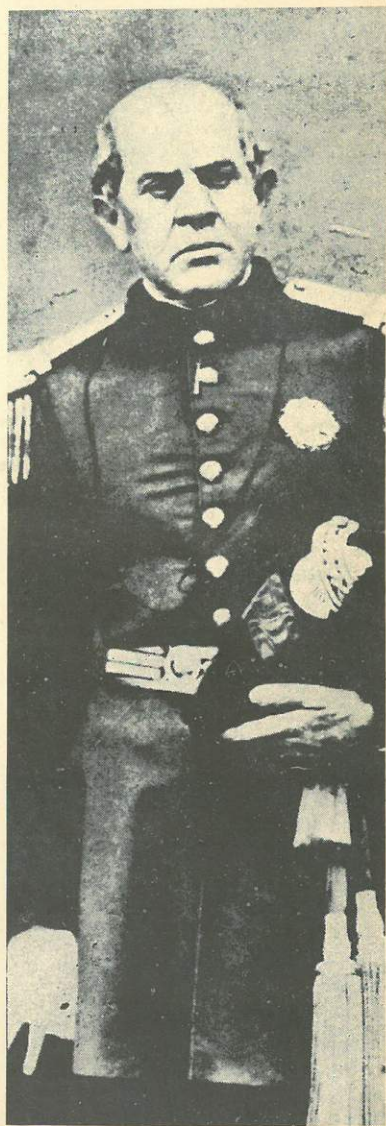


Edición de 1883 de *Conflicto y armonías de las razas en América*

total de los acontecimientos que jalonaron su paso por la presidencia de la República.

Concluido el período presidencial, Sarmiento no desdeñó ocupar otros cargos públicos ni hacerse presente en la prensa periódica para pronunciarse sobre todos los temas que acuciaban el interés general. También volvió al libro, a la elaboración de obras cuya enjundia emula, por momentos, la solidez y el brio de sus libros de la etapa chilena. *Conflicto y armonías de las razas en América*, escrito en 1883, puede recordar en el lector un aire de familiaridad con el *Facundo*, por más que el exceso de información y el cúmulo de referencias digresivas reste a la obra de la vejez la frescura y el ímpetu de su libro más famoso. Siempre en actitud del luchador que no se priva de una sola jornada de acción, por ingrata u opaca que esta sea, Sarmiento se prodigó hasta el final de su vida para satisfacer las exigencias del deber cotidiano. Tal vez por esto, al sobrevenir su muerte, en el año 1888, sus contemporáneos no habían conquistado, todavía, la distancia suficiente como para ponderar la verdadera dimensión de su talento y la importancia de su actividad política. Más aún, esta posibilidad de un juicio ecuánime sobre Sarmiento se vio frustrada durante mucho tiempo por la exaltación constante a que sometió su figura la tradición liberal, que hizo de los estudios sobre su vida y su obra un continuo panegírico. Y, a la vez, por la enconada crítica destructiva a que más tarde lo sometió el revisionismo histórico, de postura apasionadamente antiliberal. Hoy el tiempo parece permitir, sin embargo, una reconstrucción objetiva, por lo menos hasta el punto en que esto es posible, de las líneas fundamentales de su imagen.

Al seleccionar entre la turbamulta de los hechos cotidianos aquellas decisiones y actos de Sarmiento que configuran un programa de innegable



Domingo Faustino Sarmiento

La obra de Sarmiento y la dificultad de clasificarla en géneros

Los críticos y los historiadores de la literatura han reconocido siempre el arduo problema que implica ubicar y definir la abundantísima producción de Sarmiento, según el criterio tradicional de los géneros. Un historiador y crítico, ciertamente prestigioso, resume así esta situación:

"A pesar de su fecundidad, Sarmiento no escribió ningún libro orgánico. Ni un cuento, ni una comedia, ni un romance, ni un ensayo puramente literario.

Los historiadores que clasifican la literatura por géneros no sabrían qué hacer con él. Pero que prueben arrancar a Sarmiento de la historia literaria hispanoamericana:

quedará ahí un gigantesco hueco. Sarmiento escribía sólo cuando tenía algo que decir. Sus hábitos eran los del periodista, no los del escritor. Ocupado en muchas tareas a la vez, sus palabras eran otro modo de obrar.

Golpean como olas. Y si parecen retirarse, disminuidas, es la retirada del mar, que vuelve enseguida con más pujanza. Llega sin esfuerzo a la plenitud expresiva y aún en sus descuidos rebosa el genio.

Como otros civilizadores de nuestra América, será víctima de su propia abundancia: ¡quién va a leerlo completo! Y tampoco se presta a la antología, puesto que no hay página suya

que valga por sí misma: Sarmiento no trabaja en miniaturas sino en grandes espacios. Quien toca una de estas masas de expresión toca, no sólo un hombre, sino también un país."

(Enrique Anderson Imbert, Estudios sobre escritores de América. Buenos Aires, 1954.)

influencia en la realidad sobre la que ha experimentado, la posteridad revela a uno de los políticos decisivos del difícil período de la organización nacional. Del mismo modo, al espigar en los millares de páginas que integran los 52 volúmenes de sus *Obras*, muestra, en la significación de media docena de títulos, al escritor argentino más importante del siglo XIX. Sólo José Hernández, con la solitaria creación del *Martín Fierro*, podría disputar con él ese mérito. Los otros: Varela, Echeverría, Mármol, Alberdi, Mansilla, Lucio F. López, Cambaceres, con todos los atributos fácilmente verificables en sus obras, no alcanzan a igualar la potencia expresiva de Sarmiento, esa rara virtud plasmadora que sólo empieza a volverse perceptible en las vecindades del genio literario.

El Facundo. — Quizás sea en su obra más famosa, *Facundo*, donde este genio literario de Sarmiento alcanza su mayor relive. Escrito a vue-la pluma, en las condiciones menos favorables para la reflexión y el gusto del estilo, este libro constituye sin duda el más rico exponente de su estilo y de su peculiar manera de entender los fines y la funcionalidad de los recursos literarios. Cuando decide la redacción del libro, Sarmiento libraba en Chile una guerra en la prensa periódica que afectaba dos frentes. En lo externo, el periodista denostaba la figura de Rosas en nombre de los principios de la política liberal; en lo interno, por lo contrario, defendía las acciones de un gobierno marcadamente conservador. Si a esta flagrante contradicción se agrega su condición de extranjero, se comprenderá entonces el cómodo blanco que su presencia ofrecía en Chile a la prensa no oficialista y el despiadado rigor que se imprimió a esos ataques. Sarmiento, desde luego, no quedaba a la zaga de sus contrincantes. Pero a diferencia de éstos, mientras

atendía a la oportunidad y al calibre de las réplicas, continuaba adherido al obsesivo tema en el que se fundaba su situación de exiliado político: la dictadura de Rosas. En esas circunstancias escribe *Civilización I Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. I Aspecto Físico, Costumbres, I Abitos de la República Argentina*, según reza la curiosa grafía de la edición de 1845 debida a la Imprenta del Progreso de Santiago de Chile.

Cietro aire de improvisación, cierto desorden en la estructura general del trabajo, tal vez el exceso de vehemencia de algunas de sus páginas, deben atribuirse al clima emocional en el que el libro fue redactado. Se advierte en él, en efecto, la factura del panfleto periodístico, con sus frecuentes concesiones al golpe de efecto y la innegable ligereza en la utilización de noticias y de juicios difícilmente comprobables. El origen, la finalidad y los recursos panfletarios del *Facundo*, denuncian mucho de lo que la obra tiene de perecedor, de tributo a las contingencias que se agotaron con la desaparición de las causas que inflamaban la combatividad del polemista. Pero es de estricta justicia señalar también que las propias características del panfleto facilitaron y estimularon las expresiones más originales y valederas del libro. Sin la sujeción a los límites de un género determinado y a las convenciones emanadas del respeto por esos límites, el panfleto otorga a sus cultores una libertad tan plena de posibilidades como de riesgos. En el núcleo de esa libertad se inserta ese rompecabezas que los tratadistas y los autores de manuales literarios intentan descifrar sin mucho éxito: ¿es el *Facundo* un ensayo de interpretación sociológica, un rudimento de novela histórica, un simple capítulo de la prensa periódica, una recreación poética de la pampa y de sus hombres representativos? *Facundo* es, ciertamente, todas estas cosas, y bue-

na parte del talento de su autor se ha manifestado en esa capacidad para usufructuar, sin inhibiciones, la libertad de pasar por casi todos los campos literarios, con el propósito de iluminar adecuadamente los diversos centros de interés que se imponen en el libro.

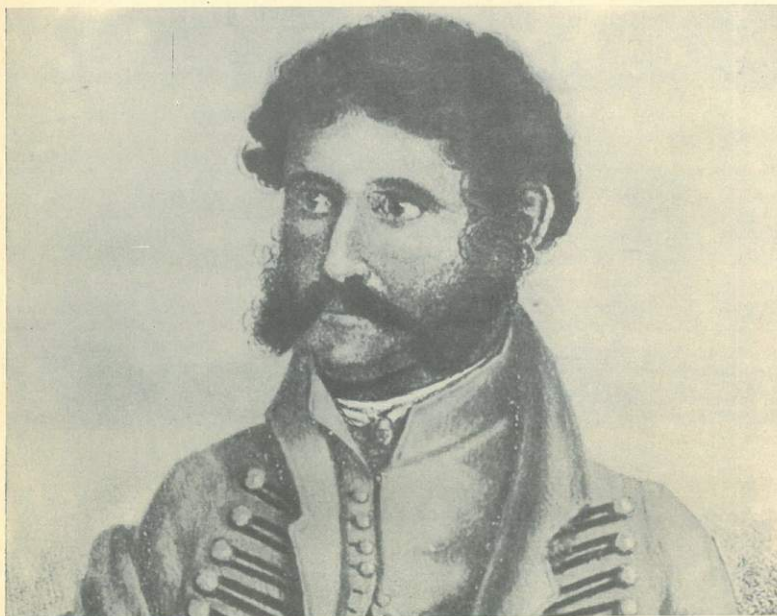
Una primera lectura del *Facundo* permite concluir que los centros fundamentales de interés son tres. En el primero se vierten las hipótesis de trabajo que permiten explicar la realidad política y social del país; en el segundo se aplican esas hipótesis de trabajo al material de ilustración que ofrece la figura del caudillo riojano Facundo Quiroga; y en el último se exponen las consecuencias, que aquí se juzgan nefastas, del acceso de Rosas al gobierno de Buenos Aires y de la convalidación nacional del caudillismo. Desde el punto de vista ideológico, Sarmiento no aporta al entendimiento del panorama político argentino otros argumentos que los que manan del *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*. En ese sentido, las consideraciones que corresponden al tercero de los centros de interés podrían desglosarse, sin desnaturalizar el libro, para ser incorporadas a la vasta literatura política que los proscriptos difundieron en su enconada campaña contra Rosas. En los dos primeros temas, en cambio, Sarmiento se aparta ostensiblemente de sus compañeros de exilio, y junto con las habituales reflexiones sobre las estériles disputas de unitarios y federales y las habituales diatribas contra el rosismo, aventura una novedosa interpretación de los hechos.

"En la República Argentina, se ven a un tiempo, dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remediando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea.



Sarmiento durante su visita a Chile, en 1884, en ocasión de visitar en Santiago a doña Emilia Herrera de Toro, quien lo había alojado en su exilio

El Facundo, que participa tanto de la literatura como de la historia o el ensayo de interpretación sociológica, es el mejor exponente del estilo de Sarmiento, y resume, con la espontaneidad y vehemencia de su tono, el clima de la época en que fue concebido y escrito.



Facundo Quiroga (litografía de Bacle)

El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno, dentro de las ciudades; el otro, en las campañas.”

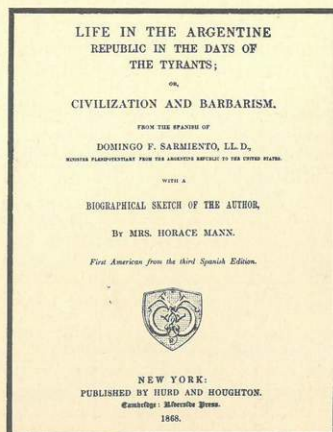
La propuesta de localizar la civilización del siglo XII (o sea, la barbarie) en las campañas, y la civilización del siglo XIX en las ciudades, fue refutada por Juan Bautista Alberdi en sus *Cartas quillotanas* (1853) con la simple observación de que en todos los países del mundo las poblaciones campesinas son, culturalmente, más rezagadas que las urbanas y que los elementos de progreso y de retardo aparecen mezclados, tanto en las ciudades como en el campo. La polarización del esquema, que tanta celebridad alcanzaría en la Argentina, con sus dos extremos de *civilización* y *barbarie*, no se sustenta entonces en hechos cuya verificación resista un serio análisis histórico y sociológico. Sin embargo, al fundamentar Sarmiento esta tesis incompleta y, en alguna medida, falsa, acertó a manejar un método con el que parcialmente pudo iluminar en profundidad algunos aspectos de la realidad. Así, al relacionar la influencia de la geografía con el comportamiento social en todos sus niveles, pudo, sin caer en la rigidez determinista en que incurriría, años más tarde, Hipólito Taine, interpretar con notable perspicacia muchos aspectos de la sociedad y de la historia argentina de su tiempo. Sarmiento no tenía una imagen de la extensión y de las características de la pampa basada en experiencias personales. El relato ocasional de quienes efectuaron su travesía y la lectura de algunos libros de viajeros (Azara, Head, Andrews) fueron los elementos que movilizaron su imaginación y le permitieron intuir las influencias que una naturaleza tan singular debió ejercer sobre las costumbres y la sociabilidad del habitante de la llanura. La dramatizada visión de la pampa irrumpe así en la exacta proporción que corresponde al papel que le atribuye Sarmiento en la trama de los sucesos políticos y sociales de su país:

"El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenués, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. La extensión, los peligros de la intemperie, la presencia de los indios con los que se lucha sin cuartel, el ganado mostrenco que asegura una subsistencia tan fácil como austera, han impreso al habitante de las campañas rasgos que destacan ya un carácter fuertemente diferenciado. Esos árabes del desierto, esos españoles adaptados a los riesgos, a la holgura y a la libertad de las pampas, esos gauchos, en fin, pobladores naturales de la campaña, muestran de un modo visible la fisonomía del hombre argentino, con su fuerte sentimiento de estima personal, su culto al coraje, su aversión por la autoridad normativa y el orden.

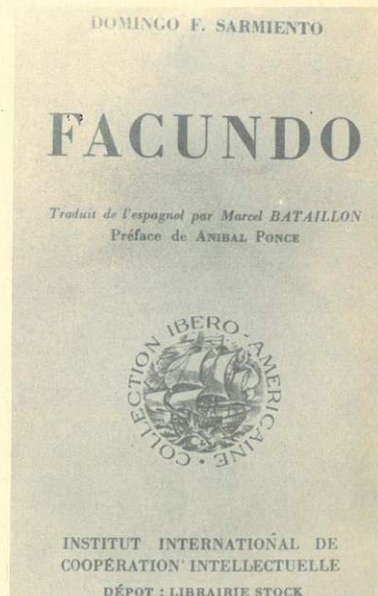
"Es preciso ver a estos españoles, por el idioma únicamente y por las confusas nociones religiosas que conservan, para saber apreciar los caracteres indómitos y altivos, que nacen de esta lucha del hombre aislado, con la naturaleza salvaje, del racional, con el bruto; es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leído muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte; que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin el auxilio de nadie; que nunca ha parado un tigre, y recibílo con un puñal en una



Portada de la primera edición del Facundo



Portada de una traducción inglesa, aparecida en los Estados Unidos, del Facundo



Portada de una traducción francesa del Facundo



Gaicho del campo bonaerense en la época en que transcurre el *Facundo* (D'Hastrel)

mano y el poncho envuelto en la otra, para meterle en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los argentinos, de cualquier clase que sean, civilizados o ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nación; todos los demás pueblos americanos le echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presunción y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ése no se han hecho las grandes cosas! ¡Cuánto no habrá podido contribuir a la independencia de una parte de la América, la arrogancia de estos gauchos argentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos, ni el hombre sabio ni el poderoso?" De la descripción general, Sarmiento pasa luego a la descripción de los tipos particulares que mejor representan a la sociedad conformada por el desierto: *el baqueano, el rastreador, el gaucho malo, el cantor*, y descubre en la *pulpería* el núcleo de sociabilidad correspondiente a un escenario geográfico signado por las distancias incommensurables y el escaso relieve de las poblaciones permanentes. En el perfil de cada uno de estos tipos y de estas formas de vida, la prosa que oscila entre los arrebatos cursos con verdadera esplendidez. Esa prosa que oscila entrel os arrebatos del orador interesado en sacudir la sensibilidad de una multitud anónima, y la complicidad coloquial del conversador que busca convencer al confidente, al amigo. Muchas de estas páginas aparecen siempre, con indisputable derecho, en las buenas antologías de la literatura argentina. Con todo, hay otro momento del *Facundo* en que esas páginas, aún con su excelencia, dejan de ser las adecuadas

CIVILISATION

ET
BARBARIE

MOEURS, COUTUMES, CARACTÈRES DES PEUPLES ARGENTINS.

—
FACUNDO QUIROGA
ET
ALDAO.

PAR DOMINGO F. SARMIENTO

TRADUIT DE L'ESPAGNOL ET ENRICHÍ DE NOTES

PAR A. GIRAUD,
éditeur de valeurs.



PARIS.

ARTHUR BERTHARD, ÉDITEUR,
Librairie de la Société de Géographie, rue Cassinielle, 81.

1855.

Portada de la primera traducción francesa del *Facundo*

para expresar la mejor prosa de Sarmiento: es el singular momento en que se relatan los pormenores de la muerte de Facundo Quiroga en Barranca Yaco.

También en la reconstrucción de la biografía de Quiroga, como en la del escenario y en la galería de tipos humanos del desierto, Sarmiento debió valerse de testimonios de terceros, de la tradición oral y de la reducida literatura disponible. Curándose en salud, aclara previamente esta situación y se manifiesta dispuesto a considerar el aporte de nuevos datos que permitan rectificar o confirmar la versión que ofrece de los hechos significativos de la vida del caudillo riojano. En el plan del libro, la biografía de Quiroga sirve tanto para ilustrar la hipótesis de Sarmiento sobre las características de la civilización del desierto, como para cuestionar, en una suerte de tiro por elevación, la imagen de Juan Manuel de Rosas, tan representativo como Quiroga de aquella civilización del desierto. Esto quiere decir que, de momento, no importaban tanto a Sarmiento la pobreza y el grado de confianza que pudieran inspirar las fuentes de sus informaciones, como el provecho que pudiera sacar de ellas para el propósito político del libro. Con pocos datos entonces, y con datos utilizados en la dirección de un sentido político, la biografía de Quiroga no intenta proponerse con un dechado de probidad histórica; la figura real del caudillo es más un pretexto que un objeto de análisis, y es precisamente esa marginación del interés científico la que estimula en Sarmiento la posibilidad de crear un nuevo personaje, más o menos inspirado en los hechos del personaje histórico, pero un personaje que vive y se atiene a las reglas de un auténtico personaje de ficción. Facundo Quiroga es un personaje histórico que reclama diversas interpretaciones de los historiadores. Pero en las páginas de Sarmiento es también un personaje de ficción, un nombre

con sustancia mítica, cuya virtualidad plasmadora continúa sugiriendo signos a la imaginación de los escritores y los lectores de este siglo, desde el centro de una imagen que no tiene sin duda ninguna, identidad cabal con el Facundo histórico.

El carácter mítico que Facundo Quiroga adquiere en la versión de Sarmiento se apoya, desde luego, en la selección de numerosos rasgos más o menos comprobables sobre la astucia, el valor, la ferocidad del personaje real. Es en el episodio de su muerte, sin embargo, donde Sarmiento abandona el relativo apego a los testimonios para introducir a Quiroga en la atmósfera y en los presagios que envuelven a un héroe de la tragedia griega. Decenas de indicios, de revelaciones incontestables aseguran a Quiroga una muerte violenta desde que sale de Buenos Aires, con la misión encomendada por Rosas de apaciguar a los gobernadores de las provincias del norte:

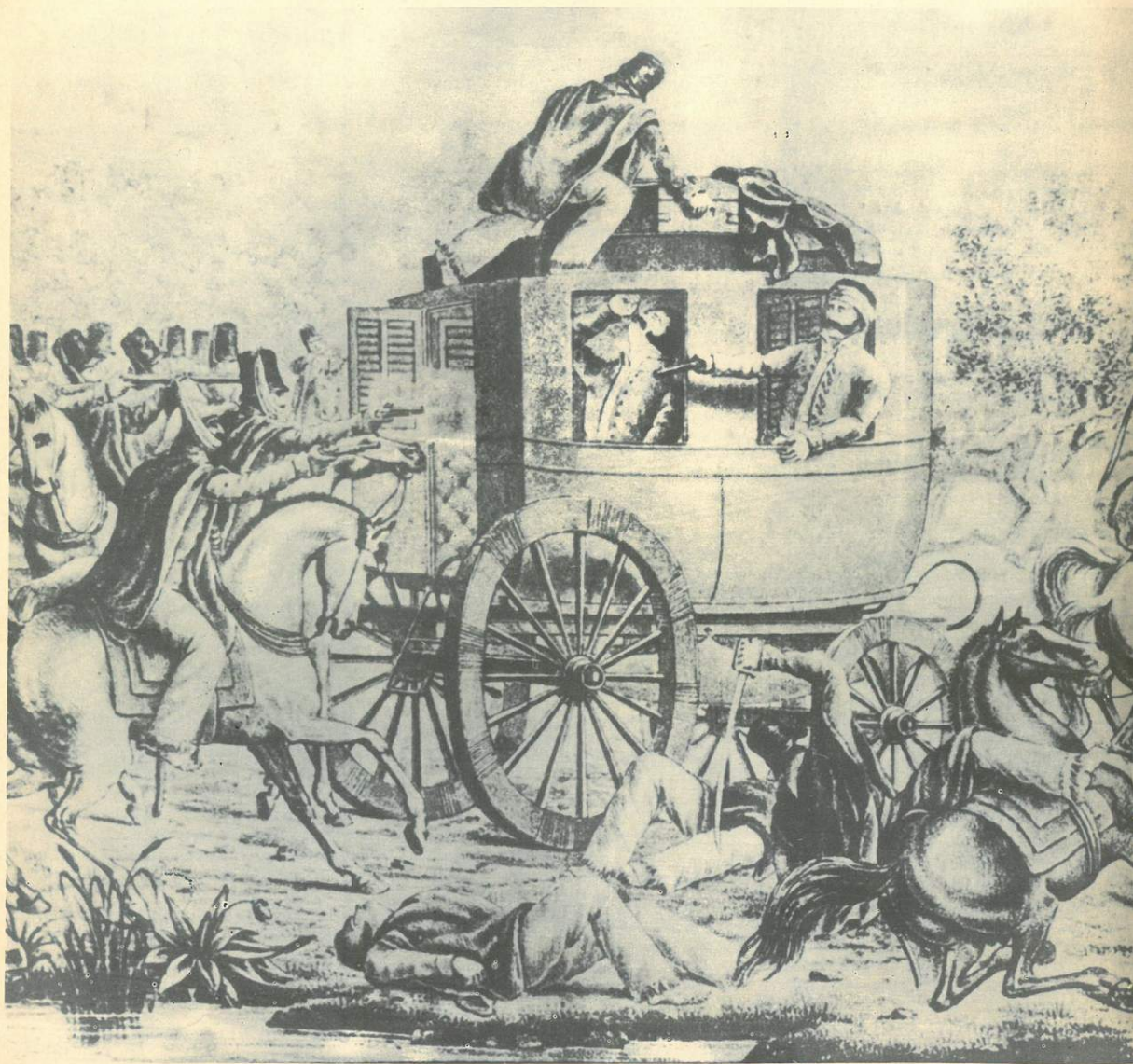
El 18 de diciembre de 1835 sale de Buenos Aires, y al subir a la galera dirige, en presencia de varios amigos, sus adioses a la ciudad. "Si salgo bien —dice, agitando la mano—, te volveré a ver; si no, jadiós para siempre!" "¿Qué siniestros presentimientos vienen a asomar en aquel momento a su faz lívida, en el ánimo de este hombre impávido? ¿No recuerda el lector algo parecido a lo que manifestaba Napoleón al partir de las Tullerías, para la campaña que debía terminar en Waterloo?" Ese oscuro presentimiento se convierte en certeza a medida que avanza la galera que lo conduce a Córdoba. Quiroga apenas duerme, apenas si permite descansar a sus amedrantados acompañantes, sólo pide caballos, caballos que aceleren la marcha hacia un destino que parece ineluctable. Por un instante, Sarmiento quiere apelar a un argumento racional, congruente con la psicología del personaje y con su propia interpretación de la psicología de la barbarie: "El orgullo y el terrorismo

Facundo y el cantar tradicional

Juan Alfonso Carrizo, conocido estudioso y recopilador de nuestra poesía tradicional, encontró en Salta, en 1930, un extenso poema anónimo que reproduce el episodio de la muerte de Facundo Quiroga en Barranca-Yaco, con los mismos pormenores que caracterizan a la versión de Sarmiento. Como el poema carece de fecha y de otros elementos de juicio, Carrizo se inclinó entonces por considerar esta pieza como una simple versificación del texto de Sarmiento. Algunos años después vuelve sobre el tema, y con argumentos que no se muestran como irrefutables, pero que hacen interesante la hipótesis, sienta la precedencia del cantar tradicional sobre la redacción de la obra de Sarmiento. Juegan un papel importante en esta hipótesis las palabras con que el propio Sarmiento describe al gaucho cantor y al repertorio que acreditaba su prestigio en la campaña: "anda de pago en pago, cantando sus héroes [...] la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Vega". Reproducimos algunos fragmentos del cantar.

Un poco antes de llegar
a la posta "El Ojo de Agua"
un joven salió del monte
pidiendo que se pararan.
Quiroga asomó primero
preguntando: "¿Qué se ofrece?"
—"Señor, quiero hablar a Ortiz
si inconveniente no hubiese".
Baja Ortiz de adentro el coche
para saber lo siguiente:
"Deben matarlos a ustedes
"Santos Pérez con su gente.
"Se hallan en Barranca Yaco
"aguardando a la galera,
"del camino a los dos lados

Muchas de las páginas del Facundo alcanzan recia vibración novelesca. En este sentido, pueden mencionarse buena parte de los apuntes biográficos sobre el período más brillante de la carrera pública del caudillo riojano, y también la escena de su asesinato en Barranca Yaco.



El asesinato de Quiroga en Barranca Yaco (grabado de la época)



“se han colocado de espera.

“Tienen orden de matar

“de postillones arriba,

“ninguno deben salvar

“ni los caballos con vida.”

Con semejante noticia

Ortiz se puso a temblar

y manifestó a Quiroga

no debían continuar.

Facundo agradece al joven

y de nuevo lo interroga,

mas le dice: —“¡No ha nacido

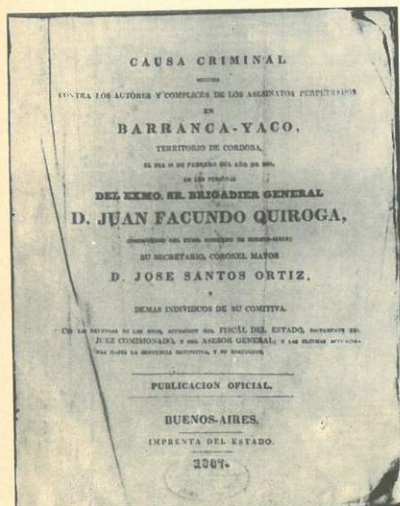
quién lo matará a Quiroga!”

Carrizo, Juan Alfonso

“Sarmiento y el cantar tradicional a la
muerte del general Juan Facundo Quiroga”.

(En: Sustancia,

Tucumán, año I, nº 1, 1939).



Portada de la edición oficial de la causa criminal seguida contra los presuntos autores del asesinato de Barranca Yaco

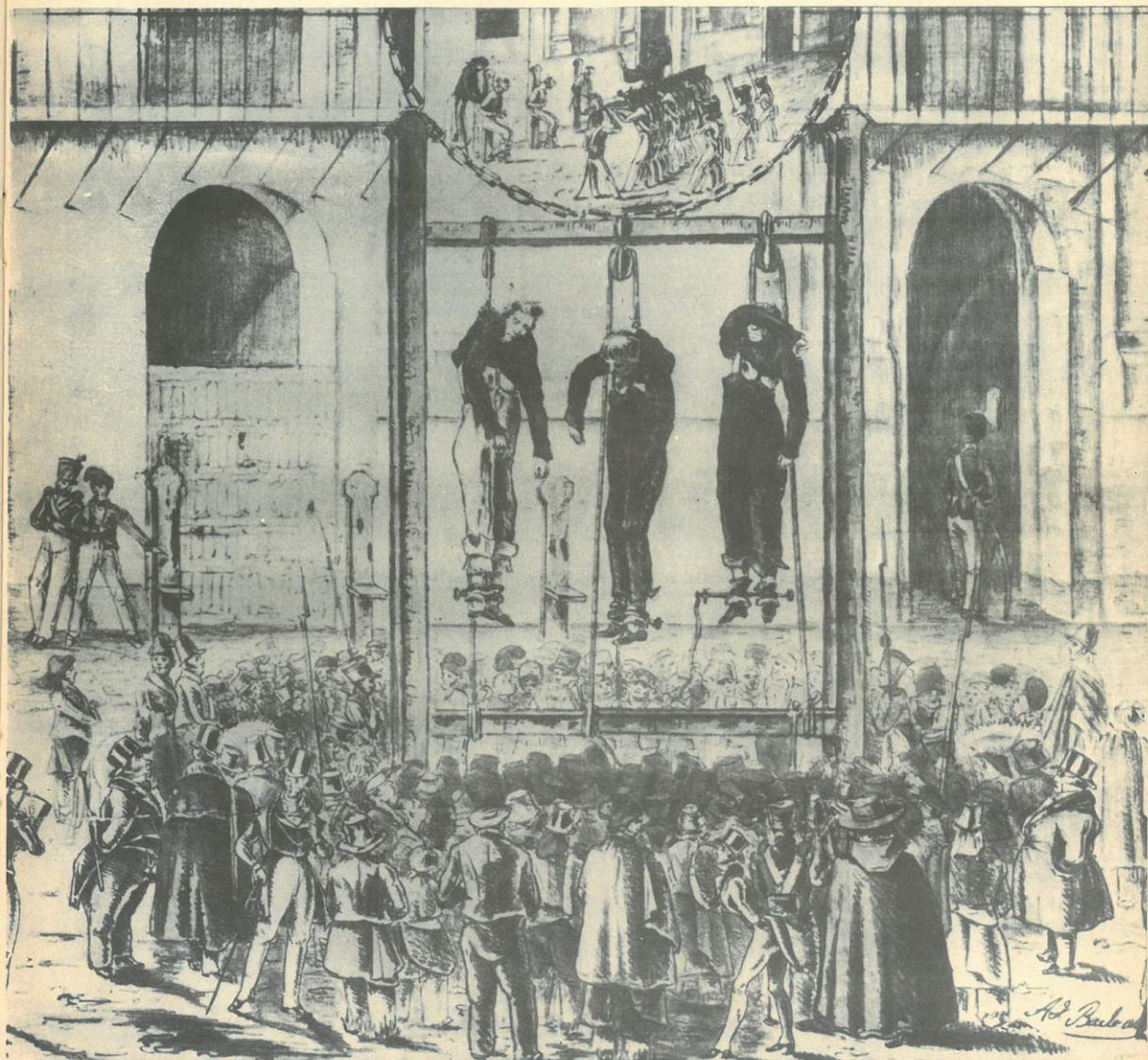
—dice entonces Sarmiento— los dos grandes móviles de su elevación, lo llevan maniado a la sangrienta catástrofe que debe terminar su vida”; esos móviles “explican la causa de su extraña obstinación en ir a desafiar la muerte”. La argumentación psicológica, sin embargo, sólo toca la superficie de esta extraña obstinación. Como ocurre con la explicación psicológica que la escuela de Freud propone del mito de Edipo Rey, lo que importa al simple espectador, lo que lo arrebató, es el descubrimiento de una voluntad individual que desafía a su propio destino, sin que importen demasiado los mecanismos que operan en esa determinación.

El desafío de Quiroga a sus seguros asesinos, excede así la reducción psicológica a que fugazmente intenta someterlo Sarmiento, y se convierte en una nueva versión de la lucha solitaria que los héroes mitológicos libran contra el destino. En toda la literatura argentina, probablemente, no se da un héroe de la dimensión mitológica de Facundo Quiroga, en la excepcional imagen que Sarmiento ofrece del episodio de Barranca Yaco. No en vano se ha convertido en uno de los escasos temas literarios capaces de suscitar su propia tradición. En la literatura argentina contemporánea, celebrados poemas de Jorge Luis Borges y Ricardo Molinari se vinculan con esa tradición y la enriquecen dignamente.

Viajes en Europa, Africa y América. — Después de haber escrito Facundo (1845) y antes de redactar *Recuerdos de provincia* (1850), Sarmiento emprendió un extenso viaje que le permitió conocer desde la solitaria isla del archipiélago chileno que diera origen a la fábula novelesca de Robinson Crusoe hasta la capital cultural de los Estados Unidos, la retraída y orgullosa ciudad de Boston. Una parte de América Latina, mucho de Europa, la faja medite-

rránea de Africa, América del Norte y algunos países de América Central fueron incluidos en un itinerario que exigió dos años largos de ejecución y que aportó un enorme caudal de experiencias al viajero.

Por supuesto, este caudal de experiencias estuvo en relación directa con la propia capacidad del viajero para suscitarlas y para incorporarlas a un orden significativo. Es en este sentido que la lectura de los *Viajes* se impone hoy como un indispensable repertorio de datos para ponderar los rasgos de temperamento, de carácter y de inteligencia de Sarmiento, tanto como de un registro en el que se han impreso, hasta en los menores matices, la experimentación de los recursos expresivos del escritor. En cuanto a lo primero, la imagen de Sarmiento gana por la apertura del vasto horizonte de intereses a que lo promueve su curiosidad insaciable, y por la aptitud para ver con ojos nuevos un paisaje y una historia saturados de tradición o para descubrir, por el contrario, en un pueblo y un paisaje destituidos de tradición, las claras proyecciones del futuro. Cuando Sarmiento parte de Valparaíso es un provinciano en el sentido más ajustado del término, y por cierto que conmueve un poco el reconocimiento de su cortedad ante la vista del puerto del Havre: “Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, faltar de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra, y mis manos recorrían sin meditación los botones del vestido, estirando el frac, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas”.

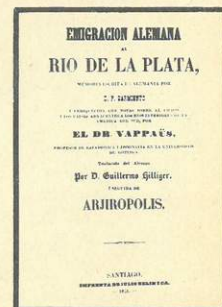
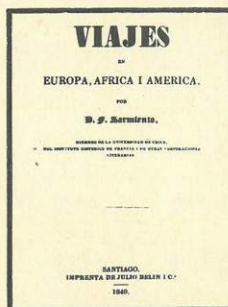


Ejecución en Buenos Aires, de los hermanos Reinafé y de Santos Pérez (litografía de Baele)

Los diversos libros de viajes de Sarmiento testimonian sobre el temperamento cosmopolita y el don de observación del escritor, y brindan un interesante documento acerca de costumbres y tipos humanos que son presentados con vivacidad y llaneza.



Sarmiento con un grupo de argentinos, en la legación argentina de Washington en 1865



Portadas de las primeras ediciones de diversos libros de Sarmiento (Viajes, Argirópolis y Emigración alemana al Río de la Plata)

Esta cortedad provinciana, sin embargo, no lo induce a la beatería de considerar admirable cuanto encuentra a su paso por las ciudades y caminos de Europa, ni siquiera en el caso de Francia, el país modelo, amado a través de su literatura, emulado a través de sus pensadores y sus conductores políticos. Sarmiento observa, alterna con algunos hombres influyentes, asiste a los debates parlamentarios y diagnostica: Francia está empantana-da en un sistema de gobierno reaccionario y corrupto. Con la misma libertad de juicio distinguirá el pintoresquismo que irremisiblemente se-duce al viajero que recorre las ciudades y las aldeas españolas, de la miseria y la ignorancia de las masas populares; y advertirá la pobreza generalizada y la conculcación de los derechos públicos en las grandes ciudades italianas engalanadas con prestigiosos monumentos del pasado. Suiza le llamará la atención sólo por la laboriosidad de sus habitantes y Alemania por la eficacia de su sistema de instrucción primaria y por el orden y disciplina de sus claustros universitarios. Los Estados Unidos, en cambio, le producen un deslumbramiento en relación inversa a los intereses que podían afectar la retina de un viajero convencional. Ni ciudades famosas, ni monumentos, ni tradición filosófica o literaria. Sólo un pueblo de maneras más bien rústicas y de cierta chocante petulancia, pero un pueblo que parecía haber descubierto entonces la fórmula de realizar el progreso material en un sistema de absolutas garantías individuales.

El choque con sociedades diversas, con grupos humanos que vivían a niveles históricos distintos, debió constituir un excelente ejercicio para la sagacidad del viajero. Sus reflexiones sobre los efectos de la esclavitud en la sociedad brasileña, o sobre el necesario cambio del signo económico por el signo social en el seno del mundo capitalista, confirman los fe-

lices resultados de esa experiencia y ayudan a explicar el alcance de esa condición que le permitiría siempre establecer relaciones entre distintos hechos de la realidad y apuntar a su significado trascendente.

Y luego, en planos menos especulativos, está la capacidad de gozar que el viajero demuestra en todos los escenarios, la de vivir los acontecimientos menudos con el mismo tono vital y con la misma entrega que le exigen los sucesos extraordinarios. Si se suma a esta circunstancia la de que Sarmiento no se privaba en modo alguno de incorporar la experiencia de lo cotidiano a la de lo excepcional en el relato de sus viajes, se advertirá entonces la riqueza de materiales que ofrece este texto y sus diversos núcleos de interés.

Irregular como siempre, Sarmiento ordenó la relación de sus viajes en largas cartas en las que resulta fácil verificar las bondades y los defectos del escritor. No supera las páginas más eficaces que había obtenido ya en el *Facundo*; pero las iguala cada vez que el tema o la pasión del momento requiere resonancia épica o exige bosquejar la silueta de un personaje destacado. La descripción de la ciudad sitiada de Montevideo es impecable, como también lo son, para bien o para mal de los interesados, los retratos del general Rivera, del barón Mackau, de Thiers. También, como en el *Facundo*, abundan las buenas páginas costumbristas, escritas con la misma penetración y el mismo brío. La palabrería vana, en cambio, la mera digresión supera, en los *Viajes*, los momentos más débiles del *Facundo*. El hecho se explica por la naturaleza misma de la obra, por la intención de expresar el mayor caudal de experiencias posible, pero contribuye a poner de relieve esa tendencia al desborde, esa incapacidad de rigor que caracteriza el defecto más grave del prosista.

Es probable, sin embargo, que la dispersión y el exceso verbal que se ob-

Sarmiento y el problema de la lengua nacional

Como Echeverría, como Gutiérrez, como Alberdi, también Sarmiento entendió que la emancipación política debía ser acompañada por una auténtica emancipación cultural. En ésta, la actitud que se tomara frente al idioma heredado de los españoles prometía implicaciones de radical importancia, pues no era concebible para nadie renunciar al idioma heredado, ni era concebible tampoco que la aceptación pasiva de ese vínculo beneficiara el advenimiento de una cultura nacional. Entre ambos extremos, la actitud de los escritores mencionados se pronunció por el mantenimiento del idioma español, a condición de que en el manejo de ese idioma se dispusiera de la mayor libertad para modernizarlo, modificarlo, adaptarlo en fin a la idiosincrasia de los ciudadanos de la nueva República. Por muchos años y en distintos frentes, estos escritores libraron una batalla briosa, a menudo petulante, colorida y hasta desenfadada. Esta es una de las páginas que Sarmiento escribió sobre el tema, en el *Mercurio* de Chile, en 1842: "Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierte, sólo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado deje de arrebatar de un arranque sólo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que

ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza, de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena.

En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que estropeaba la lengua de Garcilaso: que si él habla la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana. Ni reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época...

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso al alcance de la multitud ignorante aún; literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que constituimos; toda de verdad, como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia.

He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime. No es la palabra sublime, séalo el pensamiento, parta derecho al corazón, apodérese de él, y la palabra lo será siempre."

servan en tantas páginas de los *Viajes*, admitan otra explicación parcial, aparte de las ya señaladas y hasta, si se quiere, complementarias de ellas. En algunas de estas páginas valoradas negativamente parece advertirse, en efecto, no tanto el tributo a la insignificancia del tema referido, o a una incontenible propensión del autor a verbalizar todos sus estados de ánimo, sino más bien a la voluntad deliberada de ensayar distintos niveles expresivos para adecuarlos a los niveles de la rica y caudalosa experiencia que le ofrecía, de manera relevante, la oportunidad de los viajes. Que esta voluntad se frustrara en sus resultados no habría significado para Sarmiento otra cosa que el reconocimiento de sus propias limitaciones de escritor. Para nosotros, sus lectores, podría significar, en cambio, la posibilidad de remontar el camino de ese fracaso, es decir, la de encontrar la clave del escritor en la totalidad de los registros que le fue posible asumir.

Entre los numerosos textos que pueden indicarse para confirmar esta voluntad expresiva, ajena a la finalidad política que informó casi toda la literatura de Sarmiento, puede citarse la primera de las cartas, la que describe las peripecias sufridas en la isla de *Más-A-Fuera*, en el archipiélago chileno. Es tan visible aquí el gusto por la descripción de la aventura física, tan cerrado en sí mismo el interés novelesco del relato, que cuando Antonino Aberastain, el amigo y comprovinciano de Sarmiento, le reprocha más tarde la ligereza de esa página, el autor, desarmado y con mal disimulada ironía, le responde:

"Se toma usted extrañas libertades al escribirme; abusa usted de sus títulos de mentor de mi primera juventud, aquel buen tiempo en que usted me cubría con su mole y su prestigio de supremo juez de alzada, contra mis compatriotas, que no habrían consentido, sin la aseveración reiterada

de usted, en creerse dotado de sentido común.

"Pero aquel auxilio tan constante, aquella decisión invariable en mi favor, para sostenerme en mis primeros pasos literarios, no lo autorizan a usted a decirme que mi carta sobre la *Isla de Más-A-Fuera* no vale gran cosa, y que en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas, aplicables a esta América, so pretexto de que un hombre entre nosotros debe ser teórico y práctico, repicar y andar en la procesión. ¡Cómo! ¿A mí se me dirigen estos consejos? ¿Era usted, por ventura, que en San Juan, construía máscaras de carnaval, fundaba en mala hora colegios, y creaba el *Zonda*...?"

Sarmiento abunda en recuerdos que acreditan su condición de americano práctico, pero, curiosamente, no dice una palabra para salvar a su carta de la *Isla de Más-A-Fuera* del reproche de Aberastain. Es que la carta vale, en efecto, sólo por su intención literaria. Y el que Sarmiento no se decidiera a su defensa parece un indicador seguro de que no llegaba a reconocerse en ella, de que no había pasado de ser un ejercicio, una distracción de la pluma, un tanteo expresivo en el que no halló el eco de su propia voz. Después de los *Viajes*, rara vez insistiría Sarmiento en otra literatura que no estuviera al servicio inmediato y exclusivo de la política.

Los recuerdos. — Esta aseveración también vale, por supuesto, para los *Recuerdos de Provincia*. Su finalidad fue militante y la obra debe ser entendida como un recurso más, entre otros, al que debió recurrir Sarmiento en su infatigable estrategia política. Se trataba, en este caso, de defender el nombre del político, que es su máspreciado patrimonio. Lo demás fue gracia del escritor, lujo de su talento expresivo.

Ya en 1843, incomodado por las vio-



Domingo Faustino Sarmiento, por Desmadryl

lentas diatribas que recibía de un sector de la prensa chilena, había escrito *Mi defensa*, un folleto empinado en el tono de la indignación y del fastidio. Siete años después, la persistencia de esos ataques, su carácter cada vez más agresivo, y el papel que en esos ataques juega la prensa oficial del rosismo, en la Argentina, lo inducen a escribir *Recuerdos de Provincia*. “El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de un patriota de conservar la estimación de sus conciudadanos, han motivado la publicación de este opúsculo que abandono a la suerte, sin otra atenuación que lo disculpable del intento. Ardua tarea es, sin duda, hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sí la crítica, y a veces con harto fundamento; pero es más duro aún consentir la deshonra, tragarse injurias, y dejar que la modestia misma conspire en nuestro daño; y yo no he trepidado un momento en escoger entre tan opuestos extremos.”

El que Sarmiento no hubiera cumplido aún los 40 años al escribir este libro autobiográfico, el que su prestigio político en Chile y en la Argentina no fuera a la sazón particularmente relevante, y el que el propio género autobiográfico careciera de tradición y arraigo en estas nuevas repúblicas, debían provocar estupor en el público y un previsible recelo; de ahí que el ya conocido autor del *Facundo*, a pesar de la audacia de sus determinaciones, extremara los recaudos para que el proyecto autobiográfico no se volviera contra sus mismas intenciones. Un tono generalmente contenido preside entonces la redacción de la obra; una actitud que busca guardar el decoro, dejar en claro que se habla de ciertas cosas porque el autor se ve compelido a ello, por incitación de los demás, por estímulos provocados por otros, no por inclinación personal.

Las juveniles experiencias poéticas de Sarmiento

En la oscura aldea natal, sin maestros, sin instrucción literaria, Sarmiento probó sus primeras armas de escritor en el campo de la poesía. De esta experiencia, aparentemente extraña a la imagen que nos ofrece el excelente prosista que fue, sólo resta el testimonio de un par de cartas que escribiera a Juan Bautista Alberdi, en enero y en julio de 1838. En la segunda de ellas dice Sarmiento, entre otras cosas: “He recibido con la mayor satisfacción su favorecida de abril 14, en que se digna hacer a la efímera producción que bajo el nombre de García Román dirigí a Ud., las indulgentes observaciones que su prudente crítica le ha sugerido, y animado por tantas muestras de benevolencia, no he trepidado en aprovechar la invitación que se digna hacerme de ponerme en relación con Ud., no obstante no considerarme calificado para sostenerla. “[...] Nacido en esta provincia remota de ese foco de civilización americana —Buenos Aires— no he podido formarme un género de estudios a este respecto y si no fueran algunas pequeñas observaciones sin regularidad, hechas en la lectura de algunos poetas franceses que han llegado a mis manos y a la luz que puede suministrar las observaciones de La Harpe en su Curso de literatura, cuando no hay suficiente caudal de instrucción para aprovecharlo, diría que las reglas del arte me son absolutamente desconocidas. En cuanto a la gloriosa tarea que se proponen los jóvenes de este país, y que Ud. me indica, de dar una marcha peculiar y nacional a nuestra literatura, lo creo indispensable, necesario y posible...”

Al lado de Facundo se yergue, como otra de las obras fundamentales de Sarmiento, su autobiografía Recuerdos de provincia. En este libro de tono más íntimo y evocador, se describen la infancia y juventud del autor, enmarcadas en la historia de su familia y del medio social que lo produjo.



Paula Albarracín de Sarmiento (óleo de P. Sarmiento de Lenoir)

Con estas previsiones, el objetivo de *Recuerdos de Provincia* se cumple. Sarmiento no habla directamente de su vida; empieza por restituir el coro de hombres notables que de alguna manera se vinculan con el apellido familiar, y respalda en ellos una larga tradición de servicios a la patria, a la cultura, a las luces de su tiempo. Insertarse en ese coro ilustre lo exime, por una parte, de la acusación de advenedizo en el mundo de las letras y de la política; y lo autoriza, por otra, a presumir de sus contactos con ese mundo privado: "Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera: la del patriotismo y el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Argentina, y tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria que me muestran el noble camino que ellos siguieron... El cuadro genealógico que sigue es el índice del libro. A los nombres que en él se registran, lígase al mío por los vínculos de la sangre, la educación y el ejemplo seguido. Las pequeñeces de mi vida se esconden en la sombra de aquellos nombres, con algunos de ellos se mezclan, y la oscuridad honrada del mío puede alumbrarse a la luz de aquellas antorchas sin miedo de que revelen manchas que debieran permanecer ocultas".

Munido así de este agudo expediente, Sarmiento traza algunos escorzos biográficos que le permiten reconstruir, prácticamente, toda la historia nacional, de manera tal que el lector, luego de recorrer los capítulos dedicados al Deán Funes, a Fray Justo de Santa María de Oro y a Domingo de Oro, accede a las páginas en las que se describe el hogar paterno, la infancia y la juventud del autor, con el convencimiento de que el conjunto de la historia nacional ha precedido y acompañado luego esos hechos como una atmósfera tutelar. Pueden abrigarse pocas dudas de que Sarmiento

desarrolló el plan de esta obra con una minuciosidad no demasiado frecuente en sus trabajos. El rigor en el cumplimiento de la concepción general no le impidió, con todo, ejecutar algunos capítulos con el interés y el entusiasmo debidos a piezas autónomas, comprensibles y válidas por sí mismas. El capítulo dedicado a Domingo de Oro, por ejemplo, es una excelente biografía, desgajable del contexto, que revela a un singularísimo tipo humano y a su destacada participación en episodios cruciales de nuestra historia.

En lo que respecta al material estrictamente autobiográfico está ya dicho que el mismo se reduce a lo que contienen los capítulos dedicados al hogar paterno y a los años de su infancia y primera juventud. El lector interesado en analizar esos materiales, sin embargo, perderá buenas perspectivas si se desentiende de los capítulos iniciales (casi la mitad del libro) bajo la presunción de que en ellos se habla sólo de la historia de hombres ilustres. De manera indirecta, aunque siempre persuasiva, la presencia del autor se registra desde la primera página: al describir un legajo colonial, al inaugurar o cerrar una anécdota, al oficiar de testigo, de interlocutor, de corresponsal, al opinar, en fin, sobre las múltiples acciones de los personajes que cita. Cumple de esta manera, según se anticipó, con el declarado propósito de apuntalar al prestigio de su nombre, pero prepara, al mismo tiempo, la disposición del lector para aceptar un desacostumbrado —y para muchos, irritante— retrato en primera persona.

La mano que con tanta sagacidad graduó el trabado de la historia de un país hasta volver tolerable la gráfica que corresponde al autorretrato, detiene un solo instante el cumplimiento del cuidadoso plan y visiblemente se demora, atrapado por el hondo flujo emocional que le suscita la invocación de ciertos recuerdos. Cuando Sarmiento evoca el hogar pa-



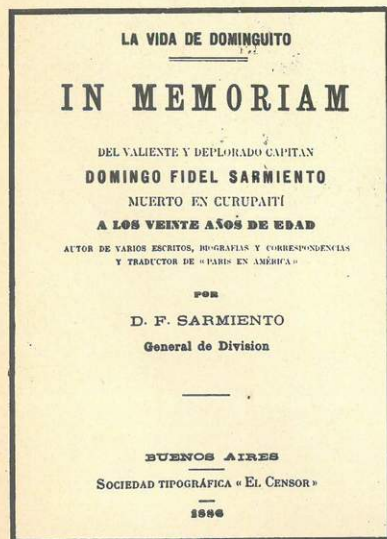
Domingo de Oro



*Fray Justo Santa María de Oro
(en el Museo Histórico Nacional)*



Domingo Fidel Sarmiento, "Dominguito"



Edición de 1886 de La vida de Dominguito

terno, cuando fija la imagen de su madre y menciona algunas anécdotas reveladoras de un austero carácter moral, es difícil dudar de su sinceridad, y probablemente imposible sus- traerse a la franca simpatía que des- pierta por esa mujer enjuta, labo- riosa, firme en la adversidad y en la pobreza, engrandecida por un asom- broso sentimiento de la dignidad per- sonal:

“Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus accio- nes, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, con- curriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con acci- dentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de es- píritu de la pobre mujer, aquella con- fianza en la Providencia, que era sólo el último recurso de su alma enér- gica contra el desaliento y la deses- peración. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la des- pensa, y aquel piloto de la desman- telada nave se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la bor- rasca. Llegaba el día de la destitu- ción de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella.

“...Cuando don Pedro Godoy [pe- riodista chileno enemigo de Sarmien- to], extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras

habían llegado hasta él, y se lo agra- dezco.

“Cuando yo respondía que me había criado en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la Repú- blica [el de Chile, en la época del exilio de Sarmiento], en su interés por mí, deploraba estas confesiones des- dorosas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio ro- mano, puede ser llevada como el man- to de los Cincinatos, de los Aristides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin men- gual! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza acer- carse a sus puertas sin ser debida- mente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aque- lla escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una des- honra.”

El mayor elogio que puede hacerse del escritor, en éste y en todos los momentos en que evoca la figura ma- terna, es que disponiendo de un estilo acomodado más bien a la polémica agresiva, a la exposición vivaz y hasta desenfadada, haya conseguido ese re- frenamiento interior, esa impregna- ción sentimental que se vierte, incon- teniblemente, bajo la contextura mus- cular y tensa de su prosa. El juego de estos niveles expresivos produce un extraño efecto estético; un estre- mecimiento que puede rozar, para la sensibilidad de muchos lectores, el fenómeno de la creación poética. Fue- ra de la *Vida de Dominguito*, escrita como un homenaje póstumo a la me- moria de su hijo, muerto en 1866 en la guerra del Paraguay, Sarmiento no volvió a exteriorizar los signos de su verdadero mundo afectivo. Y acaso sea lícito deplorarlo, porque de ese mundo extrajo, con pocas excepciones, la temperatura y el tono de sus me- jores páginas literarias.



Sarmiento después de fallecido (en El Sudamericano, 5-X-1888)

Bibliografía Básica

De Sarmiento.

Obras de don Domingo Faustino Sarmiento, Santiago, Buenos Aires, París, 1889-1909. 53 vols. (vol. 53, índice).

Facundo. Edición crítica y documentada, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938. Prólogo de Alberto Palcos.

Facundo. Edición anotada por Delia S. Etcheverry. Estudio preliminar de Inés Cárdenas de Monner Sans, Buenos Aires, 1940.

Viajes, 3 vols. vol. I. *De Valparaíso a París*. Prólogo de Alberto Palcos; vol. II. *España e Italia*. Prólogo de Norberto Rodríguez Bustamante; vol. III. *Estados Unidos*. Prólogo de Antonio de la Torre, Buenos Aires, 1955-1958.

Recuerdos de Provincia. Prólogo de Alberto Palcos, Buenos Aires, 1944. *Recuerdos de Provincia*. Prólogo y notas de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, 1944.

Campaña en el Ejército Grande, Edición, prólogo y notas de Tulio Halperín Donghi, México, 1958.

Mi vida. Texto anotado y ordenado por Julio Noé, Buenos Aires, 1938. 2 vols.

Prosa de ver y de pensar. Selección a cargo de Eduardo Mallea, Buenos Aires, 1943.

Sobre Sarmiento.

Estudios generales.

Lugones, Leopoldo, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, 1911.

Palcos, Alberto, *Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el ingenio*, Buenos Aires, 1929. *El Facundo, Rasgos de Sarmiento*, Buenos Aires, 1934.

Rojas, Ricardo, *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, 1945.

Gálvez, Manuel, *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*, Buenos Aires, 1945.

Martínez Estrada, Ezequiel, *Sarmiento*, Buenos Aires, 1946.

Bunkley, Allison W., *The life of Sarmiento*, Princeton, 1952. En traducción española, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, 1966.

Verdevoye, Paul, *Sarmiento, Educateur et Publiciste*, París, 1964.

Estudios sobre la obra.

Onetto, Carlos María, *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor*, Tucumán, 1939.

Giusti, Roberto F., *Sarmiento, escritor, en Siglos, escuelas, autores*, Buenos Aires, 1946.

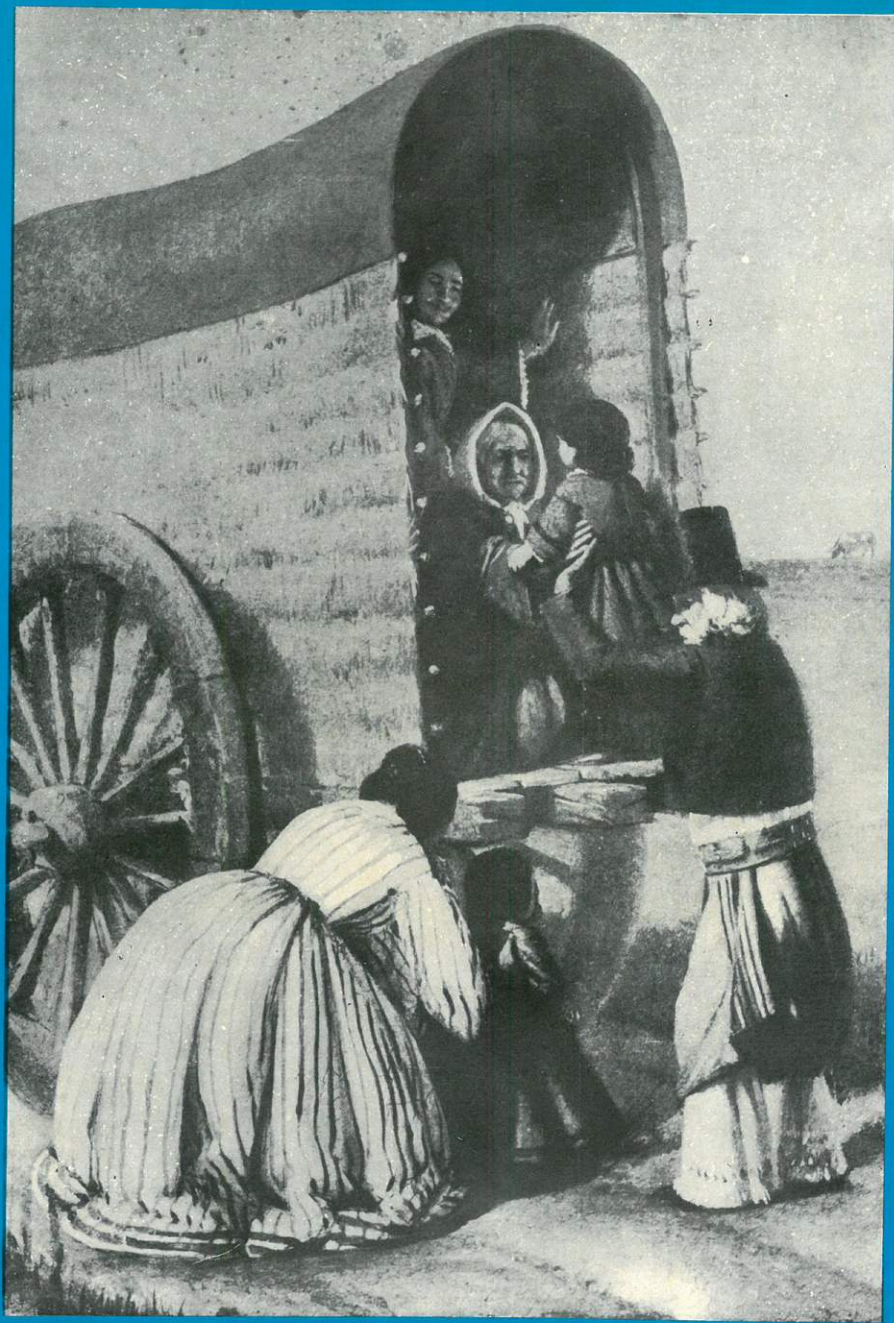
Carsuzán, María Emma, *Sarmiento, el escritor*, Buenos Aires, 1949.

Carilla, Emilio, *Lengua y estilo en el "Facundo"*, Tucumán, 1954.

Martínez Estrada, Ezequiel, *Sarmiento escritor*, en *Historia de la literatura argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, vol. II. Buenos Aires, 1958.

Barrenechea, Ana María, *Notas al estilo de Sarmiento. Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el "Facundo"*, en *Sarmiento*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1963.

Monner Sans, José María, *Sarmiento escritor*, en *Sarmiento*, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1963.



Un alto en el campo (detalle) - Oleo de Prilidiano Pueyrredón (1861).

Este fascículo, con el libro
FACUNDO, de Domingo Faustino Sarmiento,
 constituye la entrega nº 14 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA

FASCÍCULO

LIBRO

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1 | Introducción: Los orígenes |
| 2 | Introducción: El desarrollo |
| 3 | Introducción: Los contemporáneos |

Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
 La gallina degollada y otros cuentos - H. Güiroga - 128 págs.
 El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.

Primera parte

- | | |
|----|---|
| 4 | Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco |
| 5 | Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo |
| 6 | La época de Mayo |
| 7 | Nacimiento de la poesía gauchesca |
| 8 | La época de Rosas y el romanticismo |
| 9 | Echeverría y la realidad nacional |
| 10 | El nacimiento de la novela: Mármol |
| 11 | El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez |
| 12 | La prosa romántica: memorias, biografías, historia |
| 13 | El ensayo en la época romántica |
| 14 | El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento |
| 15 | Desarrollo de la poesía gauchesca |
| 16 | José Hernández: el Martín Fierro |
| 17 | La segunda generación romántica: la poesía |
| 18 | Lucio V. Mansilla |
| 19 | La generación del ochenta: las ideas y el ensayo |
| 20 | La generación del ochenta: la imaginación |
| 21 | La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde |
| 22 | El naturalismo: Eugenio Cambaceres |
| 23 | Los últimos románticos |

Los fundadores - Antología - 96 págs.
 La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
 La lira argentina - 96 págs.
 Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
 La época de Rosas - Antología - 120 págs.
 El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
 Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
 Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
 Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
 El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
 Facundo - Sarmiento - 200 págs.
 Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
 Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
 Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
 Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
 Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
 La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
 Juvenilia - Cané - 124 págs.
 Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
 Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCÍCULOS QUE APARECERÁN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Almafuerte - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material del presente fascículo, se ha contado con la cortes colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, del Museo Mitre, de la Biblioteca Nacional, del Museo Histórico de San Juan, y de la colección particular de Vicente Gesualdo.